

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres y personajes son producto de la imaginación de la autora y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Título original: *Right Place, Right Time*

© 2025, Ali McNamara

© 2026, de la traducción por Silvia Guillén Macías

© 2026, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2026

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11 3.º 1.ª Izq., Barcelona, 08010 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-62-5

DL: B 21.274-2025

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Rafael Medel López

Impreso en mayo de 2026 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Ali McNamara

El amor en el lugar correcto, en el momento justo

Traducción de Silvia Guillén Macías



Newton Compton Editores
Barcelona, 2026

El tiempo que disfrutas perdiendo
no es tiempo perdido.

BERTRAND RUSSELL

Capítulo 1

Cambridge, 29 de febrero de 2024

«Puedes con todo», me digo a mí misma con determinación mientras me miro en el espejo plateado antiguo que cuelga de la pared de mi tienda.

Para el encuentro de hoy he optado por ponerme un abrigo largo de terciopelo verde y un pañuelo de color claro con un diseño *art nouveau* que me compré hace poco en la tienda de ropa *vintage* de mi amigo Luca. También me he recogido el pelo largo y me he hecho un moño desenfadado. Espero desprender ese aire profesional que necesito para poder conseguir uno de los encargos más importantes que me han ofrecido desde que comencé a hacerme cargo de la tienda de antigüedades de mis abuelos: Rainy Day Antiques.

Cierro la tienda y camino por Clockmaker Court, un patio circular antiguo –de la época de los Tudor– en el centro de Cambridge, en el que puedes encontrar una mezcla de comercios interesantes, además de varios edificios residenciales.

–¡Feliz cumpleaños, Eve! –me grita una voz alegre cuando paso por delante de la cafetería.

Paro en seco y me doy la vuelta para darle las gracias.

–Gracias, Harriet. ¡Es todo un detalle que te hayas acordado!

–¿Cómo íbamos a olvidarlo? –me responde Rocky, el marido de Harriet, con una sonrisa–. Si hasta te hemos

hecho una tarta. Podríamos partirla esta tarde, cuando todos hayamos cerrado. Y luego podríamos ir a tomarnos una copa. ¿Qué te parece?

—Oh, Rocky, no hacía falta, de verdad —digo conmovida por el gesto—. Espera, ¿cómo que todos? ¿Saben todos que hoy es mi cumpleaños?

Harriet asiente con entusiasmo.

—¡Pues claro! Tu cumpleaños es cada cuatro años, con más razón habrá que celebrarlo, ¿no? Pásate por aquí sobre las cinco para brindar.

Me giro y me fijo en las tiendas que tengo a mi alrededor. Me sorprendo al ver que todos mis compis están en la puerta o mirándome desde sus escaparates.

—¡Feliz cumple, Eve! —me felicita Orla desde su tienda holística llena de cristales, cartas del tarot y cosas por el estilo—. ¿Quieres que te lea las cartas después? ¡Así podrás saber lo que te depara el futuro! —A Orla le brillan los ojos verdes, que contrastan a la perfección con su tono de piel celta pálido.

—¡Me lo pensaré! —le contesto con toda la alegría que puedo. No es la primera vez que Orla me lo ofrece, pero siempre me invento alguna excusa para darle a entender que no es el momento adecuado. Sé lo precisa que puede llegar a ser con las lecturas, pero hay partes de mi vida que preferiría que no me recordasen.

—¡Feliz cumpleaños, preciosa! —dice Luca, saludándome desde la puerta de su negocio. A su espalda, se ven percheros y más percheros con ropa de segunda mano, además de varios sombreros antiguos, joyas y bolsos—. Pensabas que no nos íbamos a acordar, ¿verdad?

—Puede ser... Si ya de por sí es difícil acordarse del cumpleaños de alguien que cumple cada año, imagínate de alguien que cumple cada cuatro... Me sorprende que os

hayáis acordado, ¡os lo agradezco un montón! –Vuelvo a mirar a mi alrededor y lo único que veo son rostros sonrientes, la misma imagen que se ha repetido tantas veces a lo largo de los años. Las personitas que forman parte de Clockmaker Court siempre consiguen calentarme el corazón y el alma.

–Ben me dijo que intentaría pasarse por aquí después –me informa Harriet–. ¡Y eso que no suele abrir los jueves!

Ben es un señor mayor la mar de simpático que también tiene un negocio en Clockmaker Court. Hace bien poco, decidió que solo abriría la tienda –en la que vende mapas, monedas y billetes antiguos– tres días a la semana. La mayoría de nosotros sigue sin entender cómo consigue beneficios trabajando tan poco; de hecho, muchos nos hemos ofrecido a echarle un cable cuando le surge algún contratiempo y no puede abrir la tienda. Sin embargo, Ben siempre nos responde que gana el dinero suficiente para vivir bien y tranquilo, ya que, según él, no necesita nada más para disfrutar de lo que a él le gusta llamar sus «años dorados».

–Madre mía, ¡qué honor! –exclamo, dedicándoles a todos una sonrisa–. Gracias. Intentaré volver sobre las cinco.

–¿Has cerrado la tienda? –me pregunta Orla, desviando la vista hacia Rainy Day Antiques–. Podría haberte cubierto un rato. No suele pasarse mucha gente por aquí a finales de febrero.

–Te lo agradezco, Orla. Pero espero que cerrar hoy valga la pena. He quedado para una tasación y compra de antigüedades.

–Oh, vaya. ¿En serio? –se interesa Rocky–. ¿En dónde?

–En un casoplón en Grantchester. Es mucho más grande que las casas en las que he estado hasta ahora. El propietario falleció hace muy poco y, al parecer, pidió específicamente que fuese yo la que realizara el vaciado de la vivienda.

—Anda, ¡qué bien! —comenta Luca—. Me darás un toque si encuentras alguna prenda interesante, ¿verdad? Ya sabes, uno de esos vestidos impresionantes que se llevaban en los años veinte o alguna tiara antigua...

—¡Pues claro! Sabes que siempre te tengo en cuenta. Dudo mucho que haya tiaras esta vez, pero, si veo alguna, ¡serás el primero en saberlo! —le prometo, y él me guiña un ojo—. Bueno, será mejor que me vaya, no quiero llegar tarde. Nos vemos luego.

—¡Aquí estaremos, tesoro! —me asegura Harriet, y los demás sonríen y se despiden con la mano.

Dejo atrás la calma y la tranquilidad de Clockmaker Court, que apenas ha cambiado desde que se construyó hace más de cuatrocientos años en el centro de Cambridge. Los edificios —con sus paredes encaladas y sus listones de madera oscura, que cubren parte de la superficie— parecen sacados de una obra de Shakespeare, ya que no encajan del todo con la Inglaterra moderna. Salgo de King's Parade, una de las principales zonas turísticas de Cambridge. A pesar de que es febrero y continúa haciendo algo de frío, sigue habiendo gente deambulando por las calles: algunos sacando fotos o curioseando en las tienditas independientes que se extienden a lo largo de uno de los lados de la carretera, y otros observando con los ojos abiertos de par en par la espectacular fachada gótica de la capilla del King's College, un edificio enorme que no solo ocupa toda esta parte de Cambridge, sino que también es una de las obras más conocidas y fotografiadas de la ciudad.

Si estuviésemos en primavera e hiciese buen tiempo, habría disfrutado de un paseo a lo largo del río, por los prados, hasta Grantchester. Pero sigue siendo invierno y hace un frío de mil demonios. Además, tampoco es que me sobre el tiempo. Quedé para ver la casa a las 15:00 h y todavía

tengo que pasarme por WHSmith, que está al otro lado de la plaza del mercado de Cambridge, para comprarme una libreta nueva.

Cuando me ofrecen este tipo de encargos, me gusta apuntar todo lo que me interesa en un cuaderno de tapa dura. Podría usar la aplicación de notas del móvil, pero me sigue gustando más hacerlo todo a la vieja usanza. Así que, antes de dirigirme a la estación de Drummer Street –el autobús número 18 solo tarda entre diez y quince minutos en llegar a Grantchester, así que debería llegar con tiempo de sobra–, entro en la tienda a comprarme mi marca favorita de libretas: con rayas, páginas de tacto suave y, en este caso, con una cubierta de color rojo brillante. Luego reanudo la marcha y me dirijo a la estación de autobuses.

El autobús número 18 ya está en su parada cuando llego, así que me subo y pago el billete. Busco un asiento libre en el piso de arriba y espero a que se ponga en marcha. Desde la ventana, veo a la gente caminando por los senderos verdes de Jesus Green: un parque gigantesco que une los dos distritos comerciales de Cambridge. En verano, el césped se llena de familias haciendo pícnic y de estudiantes descansando entre clase y clase. Hoy, sin embargo, solo hay gente yendo de un lado a otro con prisa. Todos van abrigados de pies a cabeza, como si quisiesen meterse cuanto antes en un lugar cerrado. Mientras los observo, me pregunto cuánta gente habrá recorrido esos mismos caminos a lo largo de los años. Cambridge cuenta con una vasta historia a sus espaldas: la ciudad esconde mucho más aparte de las grandes universidades llenas de estudiantes, de los miles de turistas que la visitan cada año para poder pasear por el río y del sinfín de bicicletas que recorren las calles antiguas o que ves encadenadas en las barandillas mientras sus dueños asisten a una clase de un edificio universitario cercano.

Siempre me ha gustado indagar sobre la historia de los lugares que he visitado o en los que he vivido. Me pregunto cuántas personas vivieron o trabajaron allí antes que yo. Me entran ganas de conocer todo lo que se esconde detrás de las puertas de los edificios. Lo mismo me sucede con las antigüedades que vendo en mi tienda. La mayoría de ellas pertenecieron a varios propietarios y, por lo general, pasan por muchas casas antes de llegar a mis manos. Me chifla averiguar su pasado, la historia que esconden... De hecho, me enorgullece decir que he logrado descubrir la procedencia de la mayoría de los objetos que vendo, que siempre escribo en un pequeño cartelito blanco junto a la etiqueta de precio. Me gusta pensar que le estoy dando la importancia que merece a su historia, y a mis clientes parece hacerles la mar de felices.

Entre las muchas anécdotas que he conseguido recopilar está la del osito de peluche: el muñeco vivió su mejor vida viajando por todo el mundo con sus diferentes dueños hasta que un domingo lluvioso por la mañana me topé con él en un mercadillo. Lo estaban usando para demostrar cómo funcionaba una trona para bebés que tenían a la venta. Al final, como me daba pena venderlo, lo acabé llamando Bill –en honor a mi abuelo– y lo dejé detrás del mostrador de la tienda, donde aún sigue vigilando a los clientes que entran a cotillear y, con suerte, a hacer una compra.

El conductor pone en marcha el autobús y yo me paso todo el trayecto observando las calles de Cambridge, que tan bien conozco, mientras pienso en mi pequeña tienda de Clockmaker Court. Nunca pensé que acabaría siendo la dueña de una tienda de antigüedades. Rainy Day Antiques perteneció a mis abuelos: Sarah y William. Y, antes de eso, a la hermana de mi bisabuela, que era modista.

Cuando era pequeña, me encantaba visitar a mis abuelos y echarles una mano con la tienda siempre que podía. Creo

que es gracias a ellos —a su amor por las antigüedades y la historia que había detrás de cada una de ellas— por lo que me encanta tanto lo que hago. Por circunstancias inesperadas, empecé a trabajar con ellos cuando era más joven, hasta que al final asumí la gestión de la tienda cuando mi abuelo falleció y mi abuela decidió mantenerse al margen. Fue un momento muy duro para las dos. Unos años más tarde, cuando tuve la mala suerte de perderla a ella también, me hice cargo por completo del negocio, que se iba a pique, con la esperanza de sacarlo adelante.

Lo del vaciado de viviendas fue idea mía, una forma de conseguir artículos para la tienda a un precio mucho más bajo que en una subasta o en un mercadillo, que era justo lo que hacían mis abuelos. Conseguí llegar a un acuerdo con una famosa casa de subastas de la zona: ellos se encargarían de las propiedades más grandes de las que no me pudiese hacer cargo yo sola y, a cambio, ellos me dejarían vagar a mis anchas por aquellas que consideraban que eran demasiado pequeñas como para merecer su atención. Este pacto lleva un par de años beneficiándonos a ambos.

El autobús llega por fin a Grantchester, un pequeño y pintoresco pueblo a las afueras de Cambridge. Me bajo en la parada que está justo en el centro del pueblo y hago el resto del camino a pie. En la pared de ladrillo de color arena que rodea la propiedad hay un letrero en el que están escritas las palabras PAST TIMES HOUSE. Justo al lado, hay un par de puertas negras de hierro forjado. Una de ellas está abierta, seguramente porque esperaban mi llegada.

Atravieso la puerta y subo por un largo sendero de grava. El casoplón de aspecto solariego que hay al final del camino está hecho con el mismo ladrillo de color arena que el muro que lo rodea. De inmediato, lo catalogo como una casa georgiana. La arquitectura simétrica, las largas ventanas de

guillotina con paneles blancos –cada uno con sus correspondientes cristales pequeños– y la sencilla puerta negra no hacen más que confirmarme que la tuvieron que haber construido entre el siglo XVIII y el XIX. Pero, a pesar de todas esas líneas elegantes, precisas y bien cuidadas, la casa sigue desprendiendo un aire cálido y acogedor mientras vigila con sigilo los jardines y los senderos que la rodean.

Los vaciados por defunción son siempre una de las partes más difíciles de mi trabajo, ya que nunca sé muy bien qué me voy a encontrar al entrar, casi siempre a un familiar del difunto. Por lo general, se suelen dividir en dos bandos. Al primer grupo tan solo le interesa vaciar la propiedad lo antes posible: en realidad no les importa demasiado dónde acaben las posesiones de su pariente, solo quieren deshacerse de ellas cuanto antes para poder poner la casa a la venta. A los del segundo, en cambio, aún les cuesta asimilar la pérdida y ni siquiera soportan la idea de deshacerse de los bienes de su ser querido. Tengo que ir con mucho cuidado con este último grupo: una simple palabra en el momento incorrecto puede hacer que el proceso se detenga de inmediato y que no se reanude hasta que el familiar del fallecido se sienta lo suficientemente fuerte como para intentarlo por segunda vez.

Hoy no sé a qué bando pertenecerá el nieto del difunto con el que he quedado. Hasta ahora, solo hemos intercambiado algún que otro correo electrónico. Al parecer, su abuelo especificó que quería que fuese la dueña de Rainy Day Antiques la que se encargase de realizar la tasación. Como les dije a los demás antes, esta casa es mucho más grande que las que suelo visitar, así que sigo sin entender por qué quería que fuese yo la que se encargase de ello. Tal vez visitó en su día la tienda o quizá conocía la buena reputación que nos precede.

Pero, fuera cual fuese la razón, ahora estoy aquí. Estoy a punto de tocar la aldaba de latón que hay en uno de los lados de la elegante puerta de entrada cuando, para mi sorpresa, esta se abre.

—Oh, hola —saludo con una sonrisa a la persona que me recibe—. He quedado con el nieto del propietario de la casa para una tasación y compra de antigüedades.

Me quedo mirando al hombre de aspecto ligeramente desaliñado que tengo delante y empiezo a pensar que me he equivocado de vivienda. No es como esperaba. A juzgar por los correos, el chico parecía simpático, pero a su vez formal. Y este hombre parece..., bueno, una persona desaliñada; es la única forma en la que puedo describirlo. Lleva unos vaqueros azules que están un poco desgastados, una camiseta blanca con un emblema negro estampado en la parte delantera, una chaqueta de cuero vieja y unas botas negras con más hebillas de las estrictamente necesarias para un zapato. Tiene el rostro bronceado y me observa con cierta curiosidad, lo que hace que piense que no tiene ni idea de lo que le estoy hablando.

—¿Tú eres Eve? —me pregunta con una voz muy pero que muy grave, haciéndome estremecerme un poco. Los ojos brillantes que me observan de arriba abajo son de un penetrante tono azul zafiro.

—Así es —le respondo enseguida, preguntándome por qué me he puesto tan nerviosa de repente—. He venido a... a valorar la casa para una posible compra de bienes muebles.

—Adelante —me dice como si nada, dando un paso hacia atrás para dejarme pasar—. Encantado de conocerte, Eve. Me llamo Adam, por cierto.

Capítulo 2

Lo miro con el ceño fruncido un instante a la vez que me pregunto si me estará tomando el pelo. Parece ese tipo de persona que no se suele tomar la vida demasiado en serio.

—Oh —suelto con cautela, cada vez más confundida—. Creía que... el chico con el que había quedado se llamaba Alexander Darcy.

—Sí, soy yo —responde él con un brillo divertido en los ojos—. Cuando me enteré de que te llamabas Eve, llegué a la conclusión de que pensarías que te estaba intentando gastar una broma si te decía que me llamaba Adam..., así que te dije que me llamaba Alexander. Así al menos coincidía la inicial con mi dirección de correo electrónico.

—Ah, ya veo... —Todavía sigo un poco desconcertada con este giro de los acontecimientos. Lo último que esperaba hoy era que me recibiese alguien como Adam. Este hombre emana seguridad y calma. Todo lo contrario a lo que desprendo yo ahora mismo—. La verdad es que sigo sin entender muy bien por qué fingió ser... ¿otra persona?

—¿No te suenan los nombres Adán y Eva, en serio? Creo que no hace falta que te lo explique... —Alza las cejas oscuras, sin quitarme el ojo de encima, y esboza una pequeña sonrisa torcida. Después, inclina la cabeza hacia un lado, esperando mi respuesta.

«Vale... Lo pillo. Me ha tocado el familiar del fallecido que se lo toma todo a cachondeo...», pienso con la ligera

sospecha de que lo que estoy a punto de soltar por la boca podría ser decisivo para ganarme la confianza de mi nuevo cliente.

—¿Se sentiría más cómodo si lo llamase señor Darcy? —pregunto con inocencia y con la esperanza de que no le moleste que esté usando su propio jueguito contra él.

Pero lo único que hace Adam es parpadear varias veces.

—Bueno, lo digo por lo antigua que es la propiedad y eso... —añado, esperando no haberme pasado de la raya—. Y porque usted parece ser el señor de la casa.

Adam no responde, se limita a observarme, apoyado con aire despreocupado en el marco de la puerta.

—Porque estamos en una casa georgiana —le aclaro enseguida, arrepintiéndome de haber empezado esta conversación—. Y...

—Sé quién es el señor Darcy —dice él con firmeza, rompiendo por fin su silencio—. Asumo que te refieres a Fitzwilliam Darcy: uno de los personajes principales de la novela *Orgullo y prejuicio*, de Jane Austen.

«Oh, Dios mío. La he cagado, ¿verdad? ¿En serio acabo de perder una gran oportunidad sin siquiera haber puesto un pie dentro de la casa? Adam no parece muy contento...».

Pero entonces Adam vuelve a sonreír y a mí me invade una oleada de alivio.

—*Touché* —añade él—. Me caes bien, Eve.

—¿Y si empezamos de nuevo? —propongo a la vez que le devuelvo la sonrisa—. Soy Eve Sinclair, de Rainy Day Antiques. Encantada de conocerlo —me presento de manera formal y extendiendo la mano para que me la estreche.

Adam alarga el brazo, pero no llega a apretarme la mano. En su lugar, me agarra las yemas de los dedos y hace una reverencia de lo más ostentosa.

—Adam Darcy a su servicio, señorita. ¿Le gustaría entrar en mi humilde morada? —Hace un gesto con la cabeza en dirección a la casa.

Mientras sigo a Adam por el enorme vestíbulo de la entrada, le echo un vistazo rápido al reloj que llevo en la muñeca. Tengo que estar de vuelta en Clockmaker Court a las cinco, no puedo dejar tirados a los chicos después de todo lo que han hecho por mí. Sin embargo, después de la conversación que acabo de mantener con Adam, tengo la sensación de que esta visita podría llevarme más tiempo del que había calculado en un principio.

—¿Adam y Eve, en serio? —repite, cerrando la puerta a mi espalda—. ¿Qué posibilidades había de que coincidiesen dos personas con el mismo nombre que los primeros seres humanos?

Cuando vuelve a esbozar una sonrisa, me fijo en su mandíbula cuadrada y en los dos hoyuelos que se le forman en la barba oscura que le cubre las mejillas.

—A mí no me parece tan raro —respondo con alegría. He llegado a la conclusión de que si quiero echarle un buen vistazo a la casa y volver a la tienda antes de las cinco no me queda más remedio que seguirle el ritmo y el juego a Adam—. ¿Acaso soy la primera Eve que conoces?

Adam se queda unos segundos pensando la respuesta.

—Sí, diría que sí.

—Pues yo he conocido a muchos Adams a lo largo de mi vida —replico enseguida, sin siquiera plantearme si lo he hecho o no—. Es un nombre bastante común entre los hombres de tu edad.

Adam echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Vaya... No sé si ofenderme o no —añade él, todavía sonriendo.

Lo último que quería era que sonase como un insulto y

estoy a punto de disculparme cuando de repente me pregunta:

—¿Cuántos años crees que tengo?

A pesar de que Adam va vestido de una manera juvenil e informal, las arrugas que se le forman en los ojos y en la frente al sonreír me sugieren todo lo contrario.

—Mmm... No sé. ¿Puede que rondes los cuarenta? —pruebo aunque sé que este tipo de preguntas nunca trae nada bueno.

—Tienes buen ojo. Tengo cuarenta. Bueno, en realidad los cumpla hoy.

—¡Eres un bebé de año bisiesto! —suelto sin pensármelo dos veces.

—Así es. —Me mira con los ojos entrecerrados—. Cualquiera me habría deseado un feliz cumpleaños al enterarse... Lo último que se le habría venido a la mente a alguien es lo del año bisiesto, a menos que...

—¿A menos que qué? —pregunto con inocencia.

—A menos que tú también hubieses nacido un 29 de febrero... ¿Por casualidad, no será hoy también tu cumpleaños?

—Pues sí. Pero soy más joven que tú.

Adam sonríe. Otra vez. Nada parece molestarle.

—¿Le importaría decirme cuántos años tiene, señorita Eve? No me pida que lo adivine. Nunca me atrevería a adivinar la edad de una mujer, sería como meterse directamente en la boca del lobo.

—Hoy cumpla treinta y seis —le informo.

—Anda... Pues que cumplas muchos más.

—Feliz cumpleaños a ti también —le deseo, un poco incómoda—. ¿Le echamos un vistazo a la casa?

—Por supuesto. Pensé que nunca me lo pedirías. ¿Por dónde te gustaría empezar?

Durante la siguiente media hora –más o menos–, Adam me lleva por toda la vivienda, que, aunque cuenta con muebles y decoración antigua, está bastante bien conservada. Le echo un ojo a varios artículos valiosos con los que sé que podría conseguir beneficios si juego bien mis cartas. Me vuelvo loca tomando nota de todo en mi libreta mientras vamos de habitación en habitación, lo que, por alguna razón, a Adam le parece la mar de divertido.

–¿Qué escribes? –indaga él cuando nos detenemos en el comedor–. Sé que estás apuntando todo lo que crees que merece la pena, pero... ¿por qué tanto detalle?

–No solo me fijo en el valor de los objetos... También me gusta apuntar la que creo que será su procedencia... Ya sabes, de dónde podría haber salido antes de acabar aquí... –le explico a la vez que anoto que hay dos bonitos candelabros de madera –probablemente de roble–, en vez de los típicos de plata que he visto muchas veces en este tipo de propiedades.

–Sé lo que significa la palabra «procedencia» –vuelve a hablar Adam, pero sin ningún tipo de rencor–. No soy tan idiota como piensas.

–No creo que seas idiota –puntualizo enseguida, me horroriza que esa sea la impresión que le he dado–. ¿Por qué piensas eso?

Adam sonríe.

–Por nada... Pero gracias por aclararlo. Bueno, ¿y qué más escribes en esa libretita? –se interesa a la vez que se cruza de brazos y se apoya, como si nada, en lo que con total seguridad es una cómoda carísima del siglo XVIII.

Me repatea bastante que no tenga más cuidado con una reliquia de tal calibre. Sin embargo, hago un esfuerzo sobrehumano por no cantarle las cuarenta e intento concentrarme.

–Una vez que anoto el posible valor de una pieza y la que creo que podría ser su procedencia, me imagino cuál podría ser su historia –le explico–. Me ayuda a fechar el artículo –añado, con la esperanza de que le encuentre el sentido.

En realidad, hago mucho más que eso, pero no creo que sea necesario darle todos los detalles a Adam. Además, estoy bastante segura de que, diga lo que diga, se lo tomará a cachondeo.

–Ah, ya veo –comenta, asintiendo con la cabeza–. Eres de las que necesitan saber hasta el más mínimo detalle.

–Sí..., se podría decir que sí –admito y, al ver que no puedo soportarlo más, añado–: ¿Sabes que la cómoda en la que te estás apoyando podría valer un pastizal?

Adam se incorpora y se queda un instante mirando la cómoda.

–¿En serio? –me pregunta, y yo asiento con la cabeza–. Pues entonces será mejor que no vuelva a apoyarme en ella, ¿no? –Me guiña un ojo.

Me giro para mirar un cuadro que cuelga sobre la chimenea y, para mi sorpresa, siento las mejillas ardiendo.

–No sé si te sirve de algo, pero mi abuelo era el único que vivía aquí –me cuenta Adam mientras yo finjo que sigo analizando el cuadro–. Falleció a finales del año pasado. Y mi abuela nos dejó hace bastante. Así que el viejo se pegó los últimos años de su vida aquí solo...

–Lo siento mucho –digo, apartando la vista de la preciosa pintura al óleo del Trinity College de la Universidad de Cambridge que sé que se vendería en un santiamén.

–Sí, bueno, ya tenía noventa y cinco años... Al menos tuvo la suerte de llegar a una edad a la que muy pocos llegan.

–Eso es verdad. Hay un señor que tiene una tienda muy

cerca de la mía. Debe de rondar los noventa... Ojalá pudiese llegar a esa edad en tan buena forma como él.

Adam me sostiene la mirada y sonrío. Yo rompo el contacto visual de inmediato y me pongo a garabatear lo primero que se me ocurre sobre el cuadro en mi cuaderno.

—Por desgracia, no he podido pasarme por aquí antes. Me nombró a mí albacea en el testamento. ¿Te ha pasado alguna vez? Hay que rellenar mucho papeleo... —Adam hace una mueca, como si fuese lo peor del mundo—. Se me ocurre un sinfín de cosas mejores a las que preferiría estar dedicándoles mi tiempo. Pero supongo que es lo que toca.

Me pregunto cuáles serán esas cosas... Pero enseguida sacudo la cabeza, obligándome una vez más a centrarme. «No te distraigas, Eve», me recuerdo.

—Sí, yo fui la albacea del testamento de mi abuela —le cuento—. Falleció hace un par de años. Y antes de eso, cuando se murió mi abuelo, tuve que ayudarla con todos los trámites de la herencia.

—Entonces sabrás mejor que nadie que es un verdadero coñazo —dice Adam, asintiendo.

—Alguien tiene que encargarse, ¿no? —le respondo con delicadeza—. Es un rollo, pero el amor que sientes por la persona que murió hace que no te suponga un esfuerzo hacerlo.

—Tienes razón —coincide Adam—. En mi caso, solo estaba yo. Soy el único que queda de mi familia.

Quiero indagar más, pero no lo hago. Les prometí a los chicos que volvería a las cinco, no puedo entretenerme cuando aún me quedan partes de la casa por ver.

Sin embargo, cuando entramos en la siguiente habitación, no puedo evitar preguntarme qué le habrá pasado al resto de la familia de Adam. Sé por experiencia lo que se siente al saber que se han ido todos menos tú. Al igual

que sé que hay gente que prefiere no compartir todos los detalles de su vida, sobre todo con extraños.

—Entonces, es la primera vez que vienes desde que falleció, ¿no? ¿Vives lejos? —curioseó mientras examino un armario enorme lleno de figuritas la mar de interesantes. Ya le he echado el ojo a un par de caballos de porcelana Beswick y a una estatuilla Royal Doulton, que, curiosamente, se encuentra entre los artículos más antiguos y valiosos, junto con el frutero de porcelana con manzanas glaseadas de color rojo y verde.

—En Londres, pero me paso mucho tiempo fuera, así que en realidad no es que tenga una residencia fija.

—¿A qué te dedicas? —le pregunto mientras analizo el resto de la habitación.

Voy a pasarme un buen rato en el precioso salón en el que acabamos de entrar. Hay muchas cosas que me han llamado la atención: además de la porcelana, hay unos cuadros y unos muebles de estilo *art nouveau* que me interesan. Pero empiezo a plantearme que quizá este encargo sí que me ha venido grande. Mi tienda es pequeñísima. Tendría que guardar la mayoría de las cosas en el almacén hasta que consiga hacerles hueco en la tienda. Aunque también podría ponerlas a la venta por internet.

—A la industria de la música —dice Adam—. Así que viajo bastante.

—Anda... ¿Y a qué tipo de música? —indago con aire distraído al mismo tiempo que abro una de las puertas del armario, giro un perro de porcelana y miro la marca del fabricante que hay debajo.

—Adivina.

Dejo el perro en su sitio y me giro para mirar a Adam, que está de pie con las piernas algo abiertas. Encoge los hombros, con las palmas de las manos hacia arriba.

–Mmm... No sé. ¿Al pop?

–Uf, no. ¡Al *rock 'n' roll*, nena!

–Oh, cómo no...

–¿Te gusta la música? –Adam me mira con los ojos entrecerrados.

–Por supuesto. ¿A quién no?

–¿Qué tipo de música escuchas?

Odio con todas mis fuerzas las conversaciones triviales. Yo solo quiero descubrir que más esconde esta preciosa casa. Pero soy consciente de que es parte del proceso. Construir una buena relación con el cliente es esencial para poder negociar un buen precio.

–Pues... sobre todo música de los ochenta y los noventa. Adam asiente.

–Te gusta lo antiguo, tiene sentido. ¿Algún artista en concreto?

–No, la verdad es que no –respondo, y Adam hace una mueca-. ¿Por qué? ¿Acaso importa?

Adam pone cara de ofendido.

–Que me hayas preguntado eso dice mucho de ti como persona...

«Te está provocando. ¡No entres en su juego! Es lo que quiere que hagas», me recuerdo. Solo lo conozco desde hace cuarenta minutos, pero ya sé que Adam es una de esas personas que disfrutan tomándole el pelo al resto.

–Supongo que a ti te gusta el *rock* –digo con el tono de voz más educado que puedo.

–No me gusta el rock. ¡Vivo por y para el *rock*! –contesta sin un ápice de ironía.

–Lo pillo: la música es tu trabajo y tu pasión. A mí me pasa lo mismo con las antigüedades.

A Adam se le escapa una carcajada.

–¿Qué te parece tan gracioso? –exijo saber con calma aun-

que en realidad siento que estoy a punto de perder la paciencia.

«Estás cayendo en su trampa, Eve –me advierto–. ¡Ten mucho cuidado!».

Adam se encoge de hombros.

–Nunca me habría atrevido a comparar las dos cosas.

–Pues ya ves que yo sí –suelto, manteniéndome firme; no voy a tolerar que se metan con una de mis devociones–. De hecho, creo que ambas tienen mucho en común.

–Continúa. –Adam parece intrigado–. Ahora necesito que me lo argumentes.

–Vale, como quieras –le concedo, desafiante. Me quedo un instante meditando la respuesta–. Como ya te habrás dado cuenta, adoro todo lo *vintage* y antiguo. Como te comenté hace unos minutos, también me encanta descubrir reliquias y conocer la historia que esconden detrás. Cada objeto tiene su historia, desde la persona a la que ha pertenecido hasta las casas en las que ha vivido. Me fascina la idea de dar con ella, de compartirla con los demás y, sobre todo, de ser el puente que conecta ese artículo con su nuevo hogar y con un nuevo capítulo de su vida.

–Guau. Qué poético –suelta Adam con una expresión de sorpresa.

–Es evidente que a ti te gusta la música –continúo–. Y, a juzgar por tu aspecto y tu camiseta, diría que tienes especial devoción por la música *rock* clásica de los ochenta. Pero como eres un poco joven para recordar aquella época, te vistes como si siguieses en ella. A mí me encantan los objetos del pasado y a ti, la música del pasado. Los dos hemos conseguido hacer de nuestra pasión nuestra profesión. Y, al igual que yo, sé que tú también darías lo que fuese por volver atrás en el tiempo..., pero por razones muy diferentes a las mías. Así que, aunque no es lo mismo,

ni mucho menos, creo que el amor que sentimos es muy similar.

Adam me mira fijamente. Luego sonrío.

–Un argumento muy convincente –me asegura–. Y aterradoramente preciso. Trabajo como técnico de gira en una banda. Bueno, en realidad en varias. Todo depende de quién esté o no de gira en ese momento.

–¿Y te gusta?

–Sí, muchísimo. Aunque, para ser sinceros, creo que ya no tengo edad para un trabajo así.

–A los cuarenta sigues siendo joven.

–En la industria de la música no. A menos que formes parte de los Rolling Stones; en ese caso, sigo siendo un bebé.

Se me escapa una sonrisa.

–Una vez vendí un disco de los Rolling Stones –le cuento, ya que asumo que es un dato que podría interesarle–. No directamente, sino a través de una subasta. Estaba firmado por Mick Jagger.

–Joder. Espero que al menos salieses ganando con la venta.

–Pues sí. Algo rasqué.

–Bueno, ¿y qué te parecen las cosas de mi abuelo? –dice Adam, mirando a su alrededor–. ¿Has visto algo que merezca la pena?

–Sí, varias cosas. –A pesar de que necesito sacar algo de beneficio de todo esto, siempre intento ser honesta con las valoraciones–. No estoy acostumbrada a que me den proyectos tan grandes, la verdad. Por lo general, me suelo ocupar de casas mucho más pequeñas.

–Ya, eso es justo lo que pensé cuando te busqué en internet. Pero mi abuelo especificó que quería que fueses tú la que hiciese el vaciado y la que comprase y vendiese los bienes de valor de la casa.

—¿Y por casualidad no sabrás el motivo? Es algo que me sigo preguntando... —admito a la vez que cierro mi libreta.

—No tengo ni idea. He llegado esta mañana. Todo el papeleo lo he hecho desde Londres. Solo sé que quería que se encargase Rainy Day Antiques, de Clockmaker Court, Cambridge.

—Tal vez solía pasarse a menudo por la tienda cuando mis abuelos aún vivían... El negocio en realidad era de ellos.

—Puede ser. La verdad es que no tengo ni idea. Por cierto, ¿te apetece una taza de té o un café? —me ofrece Adam sin dejar de mirar a su alrededor, lo que hace que me pregunte si sabe dónde está la cocina—. Lo siento. Debería habértelo ofrecido cuando llegaste.

—Te diría que sí, pero..., si has llegado hoy, ¿crees que habrá algo en la nevera?

—¡Una muy buena observación por tu parte! —exclama Adam sonriendo—. ¿Y si te invito a una copa de cumpleaños? Así podemos seguir hablando un poco más de la tasación. Conozco un par de *pubs* por aquí que no están nada mal.

—Pues... Esto... ¿Podemos terminar primero de ver la casa? —Me sabe mal rechazar su oferta, pero me estoy quedando sin tiempo.

—Sí, por supuesto. Tú primero.



—Bueno, tú dirás. ¿Cuál es tu opinión experta? —quiere saber Adam cuando terminamos el recorrido por toda la vivienda y nos detenemos en una sala que une la biblioteca y el despacho de su abuelo. Las paredes están repletas de estanterías con libros y hay un gran escritorio de nogal en uno de los extremos—. ¿Mi abuelo me ha dejado una montaña de oro o una de mier...? Perdón. De trastos.

—Hay varios objetos que me encantaría que acabasen en mis manos y otros que podrían tener más valor sentimental, pero a los que aun así podría sacarles partido. Si dejas que me los lleve, claro. Es evidente que tu abuelo tenía buen ojo y que te ha dejado con un par de cosas la mar de interesantes.

—¿Interesantes y valiosas?

—Solo valen si aparece alguien que quiera comprarlas —respondiendo con cuidado—. Todo esto es muy... subjetivo.

—Te tengo que volver a dar la razón. Otra cosa que tienen en común nuestros dos mundos: la música solo es rentable si hay gente que quiere comprar tus discos y pagar para verte en un concierto.

—Así es. —Vuelvo a echarle un vistazo a la habitación—. Ese reloj de pie de ahí, por ejemplo. A mí me parece precioso. El tallado de la puerta está muy bien hecho y es muy diferente a lo que estamos acostumbrados. Pero ya casi nadie compra relojes de pie hoy en día. Porque la mayoría de la gente no tiene espacio en casa para ponerlo. Pero eso no significa que no quiera intentar venderlo, siempre puede aparecer alguien que esté buscando uno. Y ¿ves ese armario que hay junto a la ventana? Está lleno de figuritas de acción y de cómics. No sé mucho sobre ese mundillo. Pero sí que sé que cada vez hay más gente que los colecciona. —Me vuelvo hacia Adam y descubro que me está observando en silencio—. ¿Va todo bien? —le pregunto preocupada.

—Sí, es que estaba pensando en ese armario... De pequeño siempre quería jugar con esas figuras, pero nunca me dejaban. Eran el orgullo y la alegría de mi abuelo.

—Oh, podemos dejarlas, entonces. Si tienen valor sentimental...

—No, llévatelas —dice con cierta brusquedad—. No pasa nada.

—¿Quieres que me lleve también todos esos libros? —indago, con la esperanza de no estar metiendo aún más el dedo en la llaga—. No puedo llevármelos todos, pero conozco a alguien a quien creo que podría interesarle. Es una pena... Antes había una bonita librería de segunda mano justo al lado de mi tienda, pero cerraron el año pasado y el local lleva vacío desde entonces.

—No —responde Adam con rudeza. Llevaba toda la tarde de buen humor. Me pregunto qué habrá hecho que su actitud cambie—. Me gustaría quedármelos.

—Claro, sin problema. Son muchísimos, ¿no crees? ¿Tienes espacio para meter...?

—Si no lo tengo, ya lo buscaré —dice en voz baja.

—Como he dicho, por mí no hay problema —repito, desviando la vista hacia mi libreta.

—Lo siento. Los libros me recuerdan a una época en la que fui muy feliz, eso es todo. Una época que ahora me parece tan lejana... —Sacude un poco la cabeza, como si así pudiese deshacerse de los recuerdos—. ¿Te apetece esa copa? —pregunta, volviendo a su tono de voz de siempre—. Me vendría bien un trago. ¿Quién me iba a decir que ver antigüedades iba a hacer que me entrase tanta sed?

No puedo evitar preguntarme a qué se refiere con «una época que ahora me parece tan lejana», pero soy consciente de que no es asunto mío, así que me limito a mirar el reloj que llevo en la muñeca.

—¿Quizá podríamos tomarnos algo rápido? —No quiero ser antipática, todavía no hemos hablado de dinero, así que el acuerdo sigue pendiendo de un hilo—. Tengo que estar en mi tienda a las cinco.

—¿Es la hora de salida de tus empleados? —indaga Adam mientras comenzamos a caminar hacia la puerta principal.

—No, hoy estoy sola. He quedado con los otros comerciantes de Clockmaker Court. Me han preparado una pequeña sorpresa de cumpleaños. —Me da vergüenza estar contándole esto—. No es nada del otro mundo, pero va a haber tarta y creo que después nos iremos a tomar algo por ahí... No puedo dejarlos tirados.

Adam asiente.

—Anda, qué bien. Tienes suerte de tener al lado a gente con la que poder celebrar tu cumpleaños.

—¿Tú no vas a celebrar el tuyo? —me intereso. Aunque finja que mi cumpleaños no es algo a lo que le dé demasiada importancia, cuando solo hay un 29 de febrero cada cuatro años, en el fondo te hace ilusión pasar el día con los tuyos.

—No, esta noche no. —Adam se encoge de hombros con desdén—. No conozco a nadie por aquí. Bueno, ahora te conozco a ti. Todos mis amigos viven en Londres. —Se queda en silencio un instante—. Saldremos de fiesta el próximo fin de semana. Ya sabes..., para celebrarlo por todo lo alto.

A pesar de sus palabras, no parece del todo convencido.

Para mí el mejor plan es sentarme en el sofá con una manta, una caja de bombones y un buen libro. Prefiero mil veces disfrutar de una noche tranquila leyendo sin que nadie me moleste que ese subidón temporal que te deja el alcohol, pero no se lo digo a Adam.

—Entonces, ¿vuelves a Londres esta noche? —le pregunto en su lugar.

—No, dormiré aquí. Lo más probable es que me vaya mañana.

Antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, mis labios —a pesar de haberles enseñado a lo largo de los años que tienen que escuchar a mi cerebro antes de moverse— pronuncian:

–¿Por qué no me acompañas? Puedes venirte con nosotros a tomar algo. No puedo dejar a un bebé de año bisiesto solo en su cumpleaños.

No sé si me sorprende más haber dicho eso en voz alta o el hecho de que Adam parece la mar de contento con la invitación.

–¿Estás segura? Tampoco quiero robarte el protagonismo.

–Pues claro. A ver, sé que seguramente no será el tipo de celebración a la que estás acostumbrado. El *pub* al que solemos ir es bastante tranquilo y...

–Me encantaría acompañarte –me interrumpe Adam con firmeza antes de que pueda cambiar de opinión–. Así puedes contarme más cosas sobre tu negocio y cómo empezaste en este mundillo. Estoy seguro de que tu historia será igual de interesante que la de los artículos que vendes.

«“Interesante” no creo que sea la mejor palabra para describirla –pienso mientras espero a que Adam cierre la casa y hagamos el camino de vuelta juntos–. Pero las probabilidades de que te cuente mi historia a ti – un extraño con el que solo he intercambiado un par de correos electrónicos– son igual de escasas que las de encontrar un Van Gogh perdido en el desván de esta casa».

Capítulo 3

Adam y yo salimos de Past Times House juntos. Asumo que vamos a volver a la ciudad en autobús, hasta que Adam me informa de que él puede llevarme. Acepto la oferta y lo espero delante de la casa, junto a una hilera de manzanos.

—¿Qué es eso? —suelto con desconfianza cuando reaparece conduciendo con orgullo una moto en vez de un coche —que es en lo que había supuesto que iríamos—. Miro con horror el armatoste que tengo delante: no sé mucho de motos, pero esta parece un monstruo.

—Es una Suzuki retro —me explica Adam, mirando con una sonrisa de devoción la moto roja y blanca—. ¿A que es preciosa? —Alza la cabeza para mirarme y, cuando ve mi expresión de horror, frunce el ceño—. Oh..., pensabas que iríamos en coche, ¿verdad?

—Eh, sí... Es lo que haría cualquier persona sensata.

—¡Pues supongo que yo no lo soy! —exclama con alegría.

—Mira..., no te ofendas, pero no pienso subirme a esa cosa.

—¿Por qué no? Yo voy a todos lados en moto.

—Porque... ni siquiera tengo casco —digo como excusa.

—Ah, sin problema. —Adam se baja de la moto y abre una de las alforjas—. Suelo llevar otro de repuesto por si acaso. —Me pasa un casco rojo rubí y luego se pone con una agilidad envidiable el suyo, que es de color negro azabache.

—Pero... ¿es seguro? —exijo saber, todavía con el casco

en la mano. No sé cómo voy a escaquearme sin que Adam piense que soy una cobarde.

—Lo será si te pones el casco. El abrigo que llevas no es el ideal, pero es bastante grueso, así que de algo te servirá.

—¿Para qué? —pregunto, bajando la mirada hacia mi abrigo.

—En caso de que te caigas. Siempre hay que cubrirse con algo acolchado cuando vas en moto. Y, bueno, tu abrigo no lo es, pero es mejor que nada, ¿no? —Adam lleva puesta una chaqueta de cuero negra—. No te habrás cagado, ¿verdad? —suelta con una sonrisa—. Si quieres, puedes coger el autobús y ya nos vemos allí. —Alarga el brazo para quitarme el casco rojo de las manos.

—No. No estoy asustada. —Tiro del casco hacia mí con decisión, pero me es imposible mirar la moto sin miedo.

—La mayoría le tiene respeto al principio —me asegura Adam con amabilidad—. Es normal. Así que... asumo que es tu primera vez, ¿no?

—¿Tanto se me nota?

Me pongo el casco e intento ajustarme la correa sin mucho éxito.

—Espera, déjame a mí.

Adam da un paso hacia delante y a mí no me queda más remedio que dejarme ayudar. Me pongo nerviosa cuando Adam empieza a ajustarme la correa por debajo de la barbilla; no quiero mirar la moto y tampoco quiero mirarlo a él, sobre todo, cuando lo tengo tan cerca que me resulta intimidante. Pero su cara es el menor de mis problemas ahora mismo, así que es mi mejor opción. Desde la posición en la que estoy, le veo cada uno de los pelitos de la barba incipiente y cada arruga, que no solo parecen haberle salido por la edad —como pensé en un principio—, sino también por la cantidad de veces que sonrío.

Una vez que Adam termina de colocarme bien el casco, aparta la vista de mi barbilla y me mira a los ojos.

—No te preocupes —me tranquiliza, esbozando una de esas sonrisas que me irritan y me relajan a partes iguales—. No dejaré que te pase nada. —Le da un último tirón a la correa y pone distancia entre nosotros—. Te queda bien —dice con cierta admiración—. Parece que llevas toda la vida montando en moto. O, en tu caso, en velocípedo. —Cuando ve que no me río, añade—: Era un chiste, como te gustan las cosas antiguas...

—Lo sé.

—Vaya, vale. Veo que tengo un público difícil. —Se sube a la moto con destreza, pasando una pierna por encima—. Repite lo que acabo de hacer y luego agárrate a mi cintura, ¿entendido? Pase lo que pase, no me sueltes.

—Tranquilo, no voy a caerme a propósito para poder demandarte.

—No, no lo decía por eso —me asegura mientras me subo detrás de él y le rodeo la cintura con los brazos—. ¿Quién se encargaría de la limpieza de la casa de mi abuelo si a ti te llegara a pasar algo? —Gira la cabeza y me sonrío—. ¡Necesito mantenerte con vida para cumplir su último deseo! —exclama y me guiña un ojo. Después, se baja la visera del casco y hace lo mismo con la mía—. ¿Lista? —me pregunta con la voz amortiguada.

—Lista —respondo, intentando que no se note lo preocupada y nerviosa que estoy.

—Agárrate fuerte.

Me aferro aún más a su cintura mientras él pone en marcha la moto con un rugido. Después, salimos de la entrada y bajamos por el camino que da al exterior.

El viaje de regreso a Cambridge no es ni de lejos tan terrorífico como pensaba que sería. A pesar de que me paso

el primer minuto –más o menos– con los ojos cerrados, una vez que me atrevo a abrirlos, me doy cuenta de que en realidad hay algo que hace que me sienta más viva que nunca. Cuando me acostumbro a la sensación y dejo de agarrarme con tanta fuerza a la cintura de Adam, me permito disfrutar del viaje que estamos haciendo juntos. Es como si estuviésemos recorriendo todos esos paisajes que salen en muchas de las postales que se venden en las tiendas de *souvenirs* de Cambridge. Primero, atravesamos las pintorescas calles de Grantchester, con sus bonitas casitas de campo, que parecen haberse quedado congeladas en el tiempo. Después, nos adentramos en la ciudad y pasamos por delante de las instalaciones deportivas de la universidad, con el río a un lado y el Museo Fitzwilliam enfrente. Hasta que finalmente llegamos a Clockmaker Court.

Mis compañeros ya nos están observando de lejos cuando Adam entra con la moto en la calle peatonal de King's Parade y hacemos el último tramo de nuestro viaje a pie. Todos ponen cara de sorpresa e incluso de diversión cuando les explico, sin entrar en muchos detalles, la situación y por qué Adam está aquí. Sé lo que todos están pensando cuando entramos juntos en la cafetería para partir la tarta que me ha hecho Rocky. Por suerte, nadie se atreve a hacer ningún comentario sobre el acompañante que me ha traído a la fiesta ni nada por el estilo. Todos me conocen lo suficientemente bien como para saber que esto es nada más y nada menos que parte del acuerdo comercial. Sin embargo, me es difícil ignorar que las chicas no paran de lanzarle miraditas a Adam. Luca también parece muy interesado en nuestro invitado inesperado.

Después de que todos nos canten *Cumpleaños feliz* –tanto a mí como a Adam–, algunos seguimos la fiesta en The Timekeeper, el *pub* de la zona al que solemos ir de vez

en cuando a tomarnos una copa después del trabajo. Me encanta The Timekeeper: es un bar tradicional y antiguo, pero está en el mismísimo centro de Cambridge. De las paredes de madera oscura cuelgan piezas antiguas de latón y cobre, y de las paredes encaladas, cuadros y fotografías en blanco y negro que cuentan historias del pasado. Al parecer, los soldados de Gran Bretaña y Estados Unidos frecuentaban bastante el *pub* durante la Segunda Guerra Mundial. Y así lo demuestran las fotos, ya que en ellas salen muchos militares disfrutando de un trago en su tiempo libre. También hay algunas en las que aparecen al lado de un avión o haciendo maniobras en el aeródromo de Duxford.

—Puede que tenga que empezar a hacer vaciado de casas si eso es lo que me voy a encontrar en ellas... —comenta Luca, haciéndole ojitos a Adam una vez más mientras esperamos en la barra a que nos cojan el pedido. Después, se pasa la mano por el pelo oscuro y repeinado.

Sigo la mirada de Luca.

—No parece tu tipo... —le digo, desviando la vista enseguida—. Pensaba que te gustaban los hombres que le daban demasiada importancia a su imagen.

—Un chico malo al año no hace daño, querida —me recuerda mi amigo, con los ojos oscuros brillándole con picardía—. Hasta tú te habrás dado cuenta...

—Yo no diría que Adam es un chico malo —respondo, sintiendo por alguna razón inexplicable la necesidad de defenderlo—. Solo desprende cierto aire de roquero —añado, y Luca me mira con el ceño fruncido—. ¿Qué? ¿Por qué me miras así?

—¿Cierta aire de roquero? —repite Luca, pronunciando las erres con dramatismo—. ¿Qué sabrás tú de *rock*? Solo sabes identificar piezas de Wedgwood y Royal Doulton.